X Domingo del Tiempo Ordinario C

En las afueras de Naín

"Cuando Jesús llegó a Naín, llevaban a enterrar a un joven, hijo único de una viuda. Jesús se acercó hasta tocar el féretro. San Lucas, cap. 7.

Todos queremos olvidar nuestros fracasos, cancelar definitivamente nuestras equivocaciones, sepultar un ingrato pasado, para que no regrese a oscurecernos el presente.

Pero, a veces, proyectamos este mecanismo de defensa hacia las personas que nos rodean.

Entonces las ignoramos, las alejamos, las declaramos inexistentes.

Así, cuando la juventud falla, los adultos, los galardonados por la prudencia y la experiencia, declaramos solemnemente que toda la verdad está de parte nuestra. Y sepultamos a los jóvenes en sus limitaciones y en su pequeñez.

En Naín, una pequeña ciudad de Galilea, ha muerto un muchacho, hijo único de una viuda. Cuando lo llevan a enterrar, el Señor sale al paso del cortejo. Se acerca al féretro, le ordena al joven que se levante y éste al momento empieza a hablar. Y el Señor se lo entrega a su madre.

Pablo VI, en uno de sus discursos, le reconoce a la juventud sus cualidades: Apasionado amor a la verdad, abnegación cuando está convencida de una causa, deseo de renovación y de cambio.

Pero, a la vez, le advierte sobre sus defectos: Inconstancia, autosuficiencia, hedonismo.

La Iglesia necesita sus jóvenes y muchas veces llora su ausencia. Sin ellos no podrá construir el futuro.

La comunidad cristiana no se vive solamente en un contexto de adultos, con sus fríos cálculos y sus rígidas estructuras.

La Iglesia de hoy necesita comprender a los jóvenes, con su impaciencia, su ansia de riesgo, su deseo de vivir la historia cómo una aventura.

Pero nosotros los adultos podemos conducir a los jóvenes al sepulcro o a la resurrección.

Jesús nos enseña a acercarnos a ellos, a comprender su inseguridad, su improvisación y a la vez a vibrar con sus sinceros ideales.

Nuestra juventud tiene a su favor la ilusión de un mundo nuevo. No trae en su corazón viejos rencores, ni miedos, ni prejuicios. Pero tiene en su contra el facilísimo, la violencia, la ambición, la droga, el erotismo.

A esta juventud Cristo le ofrece una fuerza de vida y de resurrección.

La alcanzará cuando haga el inventario de sus propias riquezas y le añada una dosis de esperanza. Cuando cancele de su memoria los datos negativos y conserve tan sólo las cicatrices que aporta la experiencia.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y